

RESEÑA DEL LIBRO  
*A HISTORY OF MONEY AND BANKING  
IN THE UNITED STATES: THE COLONIAL  
ERA TO WORLD WAR II*

de Murray N. Rothbard, editado  
e introducido por Joseph T. Salerno,  
Ludwig von Mises Institute, Auburn,  
Alabama, 2002 (510 pp.)

JESÚS HUERTA DE SOTO

La colección de ensayos escritos por Murray N. Rothbard y agrupados y editados en forma de libro por Joseph T. Salerno con el título de *Historia del dinero y la banca en Estados Unidos*, constituye el tratado más exhaustivo y clarificador de historia del dinero y la banca (no solo de Estados Unidos sino también, en gran medida, del resto del mundo) que se ha escrito hasta la fecha. Nos encontramos, en suma, ante la interpretación histórica más iluminadora desde la perspectiva de la Escuela Austriaca, de cómo ha evolucionado el dinero y la banca casi desde los últimos doscientos cincuenta años hasta hoy. De manera que cualquier estudioso que desee comprender y seguir de una manera coherente la evolución de los acontecimientos monetarios y bancarios a nivel mundial debe leer y familiarizarse con este libro que supera, con mucho, al escrito por Friedman y Schwartz sobre el mismo tema y que hoy, lamentablemente, es el más conocido hasta el punto de ser considerado con carácter general como la historia por antonomasia de la evolución del dinero en Estados Unidos.

La gran ventaja comparativa del libro de Rothbard frente al de Friedman — Schwartz radica en el muy superior armazón teórico del primero (centrado en la teoría del dinero, del capital y de los ciclos de la Escuela Austriaca de Economía) frente al burdo monetarismo macroeconómico adoptado de Fisher y Mitchell utilizado por los segundos, de manera que cualquier economista serio que

tenga la oportunidad de estudiar y comparar ambos libros casi forzosamente llegará a la conclusión de que sólo Rothbard, con su profunda formación teórica y grandes dotes de historiador, es capaz de hacer inteligible el mundo que nos rodea y como éste ha evolucionado hasta llegar a ser lo que es hoy. Únicamente el libro de Benjamin Anderson *Economics and the public welfare*, ahora disponible en castellano gracias a Unión Editorial, es comparable a la obra de Rothbard que reseñamos, aunque el periodo historiado por Anderson sea mucho más reducido pues de facto sólo abarca lo acaecido entre las dos Guerras Mundiales del pasado siglo.

El libro de Rothbard, por el contrario, comienza explicando la evolución del dinero y la banca desde el periodo colonial y la declaración de la independencia norteamericana. Lo cual es relevante para entender, por ejemplo, no solo la importancia que tuvieron en Estados Unidos durante muchos años de ese periodo las monedas de plata emitidas por España (los llamados “dólares españoles”), sino sobre todo los diferentes intentos de los estatistas hamiltonianos por crear un banco estatal, intentos afortunadamente fracasados hasta la creación de la Reserva Federal en 1913.

Y es que, como muy bien explica Rothbard, a lo largo de gran parte del siglo XIX prepondera la tradición de los presidentes Jefferson, Jackson y Cleveland del gran Partido Demócrata que, respaldado por un grupo cada vez más numeroso gracias a la emigración de los católicos irlandeses y los luteranos alemanes, defendió el máximo grado de Laissez Faire a la vez que un sistema monetario fuerte, anclado en el oro y no inflacionario. Y cómo, a partir de 1896, esta tradición libertaria y pro oro del Partido Demócrata fue abandonada sobre todo por la mala influencia del Partido Republicano y de una nueva ideología basada en, como dice Rothbard, la “Compulsory cartelization through a partnership of big government, business, unions, technocrats and intellectuals” (p. 179), ideología que no ha dejado de crecer, extenderse y reforzarse hasta hoy.

Otra de las grandes virtudes de este libro es especialmente relevante para el autor de esta reseña, cuyo libro *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos* demuestra (cap. 8) en términos teóricos que el banco central es el inevitable resultado del ejercicio de la banca con reserva fraccionaria, pues siempre son los propios banqueros

privados los principales interesados e impulsores de la creación de un banco central que, como prestamista de última instancia, no solo orquesta al unísono la expansión crediticia del sistema sino que además, y sobre todo, es capaz de salvar a los bancos privados siempre que estos tienen problemas de liquidez y entran en crisis, como la experiencia y la teoría austriaca del ciclo demuestran e ilustran que una y otra vez regularmente ha de producirse. Pues bien, la apasionante historia de la creación de la Reserva Federal escrita por Rothbard explica de manera detallada y documentadísima cómo fueron los principales banqueros privados, encabezados por Morgan y Rockefeller los que impulsaron y lograron contra viento y marea que se creara en 1913 el banco central americano, por lo que el libro de Rothbard confirma y da pleno respaldo a lo que yo demuestro teóricamente en el mío. Explicando también Rothbard cómo la supuesta descentralización de la Reserva Federal, como característica diferenciadora frente a otros bancos centrales, es más cosmética que otra cosa y tuvo su origen en un compromiso político para mantener al menos las apariencias del sistema de expansión piramidal a partir de los bancos de Nueva York, por escalones y hasta llegar a los miles de bancos locales que desde siempre habían caracterizado al sistema financiero americano (y que Rothbard ilustra gráficamente, por ejemplo, en la p. 138 de su libro).

También es muy contundente la explicación que, y en agudo contraste con Friedman y la mayoría de sus seguidores monetaristas y Keynesianos que consideran que la deflación es incompatible con el crecimiento económico, Rothbard hace del periodo deflacionario que va desde el fin de la guerra civil hasta la Primera Guerra Mundial y que se caracterizó por un aumento de la productividad y prosperidad como jamás se había visto en Estados Unidos y que al superar el aumento de la masa monetaria indujo una deflación secular superior al 1 por ciento anual, con tipos de interés nominales del 3,5 por ciento y una fortísima acumulación de capital. En suma, el mejor de los escenarios económicos concebibles.

Por último, me gustaría referirme a la brillantísima exposición que hace Rothbard sobre el impacto de la Gran Depresión de 1929 y la Segunda Guerra Mundial en el mundo bancario y monetario estadounidense. Primero, demostrando de nuevo, en contra de la

errónea y perjudicial versión extendida por Friedman de que la Gran Depresión se debió a que la Reserva Federal no inyectó lo suficiente, cómo esta llevó a cabo intensísimas políticas de “quantitative easing” (por ejemplo, comprando más de la mitad de la deuda pública emitida para financiar el cuantioso déficit público, p. 294). Además, Rothbard explica cómo esta cuantiosísima inyección monetaria fue contraproducente y autofrustrante pues sólo logró incrementar y aumentar aún más la demanda de dinero en un entorno de incertidumbre creciente derivada del aumento por doquier de las regulaciones y del proteccionismo.

Y tampoco tiene desperdicio el relato de la histeria regulatoria e intervencionista impuesta so pretexto de la Gran Depresión y que culminaría en instituciones tan dañinas como la Securities and Exchange Commission (SEC), las normas obligatorias de contabilidad y las leyes bancarias de 1933 y 1935. Siendo igualmente brillante el análisis histórico de la complicidad entre el Banco de Inglaterra (Montagu Norman) y la Reserva Federal (Benjamin Strong) que llevó a que Estados Unidos emprendiera una intensísima política inflacionaria durante los años posteriores al retorno post bélico de Inglaterra al patrón oro, tras cometer el gravísimo error de volver a la paridad que la libra tenía con el oro antes de la Primera Guerra Mundial. Y cómo se creó, en suma, un pseudo patrón oro (gold exchange standard) basado en la libra, y en poner todo tipo de trabas a la redención de las libras por oro por parte de los bancos centrales de terceros países; hasta que el Banco de Francia, bajo el consejo de Charles Rist, a base de redimir libras papel por oro, forzó el abandono de este pseudo patrón oro por parte de Inglaterra, incumpliendo así ésta todos sus compromisos. Historia que “mutanti mutandis” se repitió después, cuando tras los acuerdos de Bretton Woods se sustituyó a la libra por el dólar siendo teóricamente canjeables las reservas de dólares por oro de Fort Knox a razón de 35 dólares la onza, hasta que en 1971 Nixon se vio obligado, como Inglaterra casi cuarenta años antes, a abandonar este compromiso (especialmente cuando de nuevo Francia, en este caso la de Charles de Gaulle, asesorado esta vez por Jacques Rueff, hizo lo propio, canjeando la masa inmensa de eurodólares emitidos para financiar la guerra del Vietnam y el estado del bienestar norteamericano, por oro a razón de 35 dólares la onza).

Y así, hasta hoy, resultando presciente que Rothbard ya en 1976 visualizara la creación del euro como divisa fuerte que siguiendo la tradición del marco alemán, pudiera convertirse en un modelo de estabilidad monetaria, capaz de amenazar el liderazgo monetario del dólar estadounidense (aunque, por desgracia, hoy hemos visto cómo, por lo menos hasta ahora, el Banco Central Europeo no ha sabido estar a la altura y ha caído en un servilismo inflacionario hacia la Reserva Federal que ha traicionado todos sus principios fundacionales). En efecto, en el último párrafo del libro de Rothbard leemos lo siguiente (p. 490): “perhaps the most likely prognosis is the formation of a new hard-money European currency bloc, which might eventually be strong enough to challenge the dollar, politically as well as economically. In that case, the dollar standard will probably fall apart, and we may see a return to the currency blocs of the 1930’s, with the European bloc this time on a harder and quasi-gold basis. It is at least possible that the future will see gold and the hard European currencies at last dethrone the triumphant but increasingly uneasy dollar.”

En suma, estamos ante un libro notabilísimo que desenmascara el inflacionismo de autores como Fisher e incluso el propio Friedman, lleno de numerosos detalles y deliciosas noticias (aunque a veces peque de cierto “namedropping” y solapamiento entre los diferentes artículos), como cuando nos cuenta cómo el teórico monetario Lauchlin Currie resultó ser un espía ruso y tuvo que morir exiliado en Colombia, y que en opinión del autor de estas líneas tiene muy pocos errores (quizá el más significativo sea el juicio demasiado severo que Rothbard hace de la Glass-Steagall Act de 1935, sin reconocer que supuso un paso, si bien es cierto que tímido, hacia el coeficiente de caja del 100 por cien, al obligar, al menos, a separar la banca comercial de la banca industrial, y que motivó, por ejemplo, que Morgan creara Morgan Stanley como banco de inversión segregado de su banco principal).

Por todo lo dicho, esperamos que Unión Editorial emprenda la traducción y publique cuánto antes este importantísimo libro de Murray Newton Rothbard.